

VIDA Y HECHOS

TEORIA DE EXTREMADURA ⁽¹⁾

POR PEDRO DE LORENZO.

ESQUEMA TIPOLOGICO

Se ha parado el tiempo.

Siete años llevo mirando a Portugal desde esta pica de tierra extremeña que es Valencia de Alcántara. Atalaya española erguida sobre la dulzura lusa, en los mapas semeja este rincón la punta de una amorosa flecha de fuego acariciando el costado portugués. Ultima saeta de soledad que trasvola y signa, audazmente, el entre suelo y cielo, el clima vivo de Extremadura. Saeta de soledad. De soledumbre infinita porque, aquí, en Valencia de Alcántara, se ha parado el tiempo, el aire se ha dormido, no pesa la paz traslúcida del azul.

No es que Valencia de Alcántara haya quedado en las márgenes del tiempo, porque las corridas de toros principien una hora más tarde de la anunciada, arranque el tren con un retraso de noventa minutos, las barberías abran a las seis de la tarde y no cierren el lunes los comercios.

Valencia de Alcántara, ángulo agudo, avanzado, de nuestra frontera occidental, es, en definitiva, un pueblo ágil, luminoso. Trae un paisaje comarcano de fino temple extremeño: rocas desnudas, tiernas cañadas ondulantes, alcornoques desollados, chumbos rendidos de sed. Saltarinas, las fachadas, emergen en lo alto de un cabezo y los tejados se retuercen para verter a un dédalo de callejuelas solitarias, pinas, silenciosas, reptantes.

Pero en esas calles tranquilas se pasean del brazo la sencillez y el contento, lo apacible, el ensueño, la claridad.

El pueblo extremeño es sosegado, acaso melancólico; nunca triste o sombrío, árido ni estéril. Mirándolo, yo no concibo la melancolía en forma de pasividad; permanente, morosa, vaga o intensa puede ser, mas en su fondo no late un principio de sequedad, sino de fosforescencia; no será, el suyo, un hastío de yermo; es, en fin, un estado de saturación saudosa, dulce, de corazón en carne viva. Por algo, en estas calles, en los aleros voladizos de sus balcones, se rinde un culto a la flor mucho más férvido que en los pueblos dolientes de Castilla. El tiempo se ha dormido aquí, mas no para desfallecer en congojosa ataxia; se ha dormido para soñar y alcanzar antes, de un brinco, las estrellas.

En un pequeño rincón.

De este rincón, en lo meridional lo más occidental de España, aflora ante

(1) Con el libro «Esa voz de la tierra», (ya en prensa por Editora Nacional, Madrid-1945) contribuye Pedro de Lorenzo a atizar la revisión polémica—¡magnífico signo de vitalidad!—entablada acerca del ser y trascender de Extremadura. Hoy publicamos el Capítulo I, cuyas primicias han sido especialmente cedidas por su autor a la Revista «ALCÁNTARA».

mi la imagen física de Extremadura, destacándose en un primer plano sobre el resto de las regiones españolas. La visión traspasa los ojos iluminada por un sol, alto y pálido, de invierno otoñal. El punto geográfico en que evoco me garantiza una precisa contemplación, de amplia perspectiva que favorece la génesis de grandes líneas abstractas. Estoy en la misma frontera, a par de una ventana por la que penetran confundidas tierras, colores, formas, voces de España y Portugal. El caserío en que ahora me encuentro, San Pedro de Alcántara, levántase en una cuña de suelo portugués; de frente, a derecha e izquierda, Portugal; sólo a mis espaldas queda una lengua de terrazgo español.

Estas líneas las escribo en un viejo convento; convento en que el Reformador tomó los hábitos. De cuantas mansiones conventuales conocía, ninguna es tan humilde. He llegado a ella desde Valencia de Alcántara, a través de unos campos duros y heterogéneos; vine cruzando sotos de helecho y castañares, he atravesado praderas con encina y quebradas de limpio canchal. ¿Es ésta, tan nítida, la alquería que buscaba? Reverbera, en la plaza enana, la claror; entre rocas nacen, minúsculas también, casucas pintarrajeadas al gusto luso. Hay a mi vista un paisaje de Estampas de la Pasión: redondas higueras, copudas; higueras salvajes, verdes oleos. En medio brota, de súbito, el convento.

Y en este rincón, donde el tiempo se ha hundido definitivamente, tras una silenciosa, trabajada soledad, pensando en Extremadura con insistencia, con fervor, me ha asaltado la idea de apresar, en rápido esquema, el fenómeno de lo extremeño. Las conclusiones provisionales de una posible Teoría, hélas aquí:

El barroco, signo de lo extremeño.

Extremadura, país de tránsito, tierra estematizada por un destino fronterizo, viene a encuadrarse en un cruce de geografía e historia cuyos ejes quiciales son: en el espacio, la línea occidental; en el tiempo, la constante romántica.

Esta comarca extremeña que, en lo físico, borra los límites hispano-portugueses para extenderse con habla lusa hasta la orilla del Atlántico, es, en lo meridional, lo más occidental de Europa. De Occidente conserva las notas barroquizantes de su fantasmagoría y su sensualidad. Trae una onda fantástica pasada por marinas caracolas del Océano y transmitida a lo ancho de esa tierra de ensueño y soledades que es Portugal. Y trae, junto a la imaginativa tierna y balbuciente, el aroma sensual de los «namoros». Barroca es Extremadura por la exaltación de los sentidos, como lo es también bajo la ley de los contrastes geológicos y en la humana dimensión de los solitarios que a su tierra se apegan y la pueblan.

En el espacio, la constante barroca de lo occidental. En el tiempo, tres sucesivas influencias hegemónicas: encrucijada vital de España en la Edad Media, Extremadura aflora cual baluarte de la Reconquista que planta sus límites a extremo-Duero, a extrema-hora; encrucijada mundial en el seiscientos barroco, conquista un mundo nuevo y recoge la angustia de la contrarreforma en actos y en lienzos como los jerónimos de Zurbarán; siendo en el romántico XIX cuando acentúa su marca al abrir el siglo con Muñoz Torrero para candararlo con una poetisa - la Coronado—luego de aportar a España, entre ambos nombres, los de Gallardo, Bravo Murillo, Meléndez Valdés, Donoso y Espronceda.

En el espacio y en el tiempo el signo cimero de Extremadura es un emblema barroco.

Sus notas fundamentales son: cultura fronteriza, predominio de los contrastes, y soledad—el soliloquio—como constante histórica. Junto a esos caracteres distintivos, dignos de un examen posterior más amplio, encuéntrase los síntomas accesorios que ayudan a corroborar la esencia barroca de que se halla imbuido el espíritu extremeño. No hay sino cruzar cualquiera de sus pueblos y obsérvese a primera vista la preeminencia de lo orgánico en la trabazón de sus casas de madera, con aleros voladizos, entrando y saliendo en unas callejas, rotas a su vez y desiguales. A esa cargazón de lo orgánico sigue una fuga de la realidad; el extremeño, a menudo supersticioso, se refugia placentera y frecuentemente en la zona del ensueño, náufrago contumaz en «formas que vuelan». La naturaleza, aquí, no hay duda, priva sobre el hombre; cuarenta y ocho mil kilómetros cuadrados mantienen un escaso millón de habitantes; y donde no hay hombre surge el bosque, la escenografía se antepone a la acción; la pradera con encinas ahonda las distancias y ahinca, multiplica, favorece, distiende la soledad.

Muchos matices más, y nuevas notas, acuden atropelladamente a la memoria. Así, el fervor por lo femenino es franco. Por lo femenino heroico. Sólo hay otra región en España análoga vitalmente a Extremadura: la aragonesa. El mismo tesón, la rudeza igual; acaso con un mayor tacto en el baturro. Cáceres y Zaragoza servirían de extremos a un eje tipológico ideal: si Aragón cuenta con Agustina, en Plasencia nació doña María la Brava para capitanear templados luchadores. Extremadura barroca y barroco Aragón, patria ésta, al cabo, de un barroquizante tan puro, tan auténtico, como el jesuita Gracián.

Predominio de los contrastes

Tierra de extremos en la historia, en lo malo y en la etimología, Extremadura siempre ha obedecido, en sus reacciones geológicas cuanto humanas, a las leyes implacables del contraste.

Los siglos de la Reconquista sembraron el suelo extremeño de castillos en una progresión lanzada desde el norte al sur; y el siglo XIX, con su predominio del fermento meridional, irrumpió en estos campos, de abajo hacia arriba, poblándolo de cortijales. Alquerías y almenas brotan aquí y allá como signos extremos de dos concepciones vitales en profunda oposición, en insalvable antinomia.

El yantar, por ejemplo, corrobora esa disyunción revelante de su estilo: la comida del labriego es breve, a gusto del sur, y densa como en el norte; parva en la cantidad pero de calidades insuperables por lo que trae de rica, de grasa, de ubérrima.

País de pradera y roca, goza de un cielo altísimo. Y ese cielo es, sin embargo, pesado y gris; esas llanadas no son limpias; esos canchales irrumpen en el paisaje desnudos, pelados, estériles, de un acero sin fiereza montaraz.

Tierra de extremos, dentro de sus villas señorean la casa solariega y las mezquinas, laceriosas casucas agostadas.

En lo humano mismo el tipo medio desaparece: junto a hombres entecos, raquíticos, lisiados, miserandos, conviven sanos y recios mozancones; y a par de decrepitas mujerucas crecen, en fin, hermosas garridas y lozanas.

El factor de lo fronterizo

De norte a sur, del occidente al este, Extremadura es, en la Península Ibérica, un típico país de tránsito.

País influido por el fermento nórdico cuando los reyes conquistadores, poniendo la cabeza en Soria—cabeza pura—, valíanse del baluarte extremeño para plantar sus líneas fronterizas, en extrema hora, a extremo-Duero; es decir: en Extrema-Dura.

Influido a la vez por la fantasía occidental de una tierra cual la portuguesa, con máxima capacidad de ensueño y melancolía; de unas aguas, como las «tenebrosas», con resonancias atlánticas americanas pasadas por los siglos y los caracoles.

Extremadura ha ido a América, y América, en el siglo del barroco, le ha devuelto, entrega por entrega, glorias, honra, palacios, añoranza. Sobre todo añoranza, nostálgica taciturnidad, sed de trópicos. Extremadura inyecta en Portugal las venas azules de sus ríos y Portugal, en transfusión mutua y perfecta, le devuelve, polen por polen, el oro de sus vientos occidentales.

El límite natural de Extremadura, al sur, sigue la margen derecha del Guadiana; sostiene, por el norte, la gravedad acerba del páramo leonés, y del oriente queda defendida por una línea de fortificaciones a prueba de historia: el foso mesetero que abrió, con su ruta, el Cid. León, río Guadiana, Rodrigo Díaz, delimitan Extremadura; y al oeste, Portugal.

Esta cualidad de pueblo fronterizo le ha liberado de tendencias particularistas, imbuyendo a sus moradores de un esencial destino inquieto, movedido, aventurero, bélico, emigrante, conquistador.

Rincón occidental de la Meseta Sur, es la avanzada geológica de Castilla, pronta a lanzarse en cruz, horizontal y perpendicularmente, contra las masas del Atlántico. Por eso, en el XVII, esta tierra acudió con presto celo al enganche de Indias. La mar no la conocía; ninguno de mis coterráneos, los extremeños, sintieron en su nacer la brezadora lieva y sal de la marisma. Y, no obstante, Extremadura rompió la muchedumbre de aguas para ganar tierras ignotas, saltándose el ahornagado pedregal que la confina, a cata de una ventana en los recodos oceánicos.

Hasta que tornaron a cerrarle el paso, por abajo, Sierra Morena; y al oeste, Portugal.

La soledad como constante

Si una tierra del norte requiere lluvia menuda y bien cernida, y los viajes por el este demandan un sol abierto y grave, otoño es la estación propiciatoria de los pueblos extremeños. El invierno, aquí, resulta crudo en demasía; el estío calcinado; la primavera, inquieta. Otoño es el magnífico tiempo de sembradura de estos campos que se rinden inéditos al labrador.

De un clima extremo, pero más vegetal y fecundo que el clima de Castilla, Extremadura goza una latitud a par de la de Levante. Carece, sin embargo, de una mar latina, de la cultura mediterránea, de sus cánones clásicos. La luz, medida helénica, cae derrotada por un predominio helénico del color. Y allí donde el color priva, donde el contraste reina sobre el mediodía, y la luz es absorbida fácilmente, allí se da el triunfo de una constante histórica: la del barroco.

Antes que percibir, se siente; más que pensar, se sueña. Lo humano no cuenta en el paisaje sino en función de su ausencia, como razón de soledad.

La de Extremadura participa del soliloquio castellano, cabal y riguroso; de la saudade portuguesa, laceriosa y chozna, de la bética «soleá», sonante y fina. No es esta soledad la de la luna lusa, la del terrazgo castellano, ni mucho menos la de tonadas melancólicas en compás de tres por ocho con adherencias de trasiego andaluz, no; la soledumbre extremeña es una solitud de sol, soleada, grávida de luz del cielo.

Soledad cuyas vías de penetración son las que siguen:

La extensión máxima de este país pobre en villas y de términos municipales espaciosos.

El carácter netamente masculino y, por lo varonil, creador de mundos y ultramundos, con una imaginativa feraz.

La independencia vital, en fin, que le ha hecho cerrarse a todo fermento extraño, eliminando su tributo a la cultura. Y en esa teoría de la depuración, se comprenden su repulsa a la idea societaria y su indigencia económica.

He aquí el triple secreto de una soledad cuya consciencia, más derecha lleva al misticismo que a la desesperación. Lo místico, la religiosidad extremeña, provienen de ese sentimiento de eternidad hecha de roca y cielo desnudos que Unamuno siempre ha observado inmerso en su paisaje. Al norte, pino y castaño, la encina en el centro, y el alcornoque al sur; en la sierra la jara, con sus flores blancas y amarillas: permanente presencia forestal.

Arboles como una lluvia de acentos, expresivos de que la máxima intensidad carga sobre la naturaleza. Arboles para el sostenimiento de un destino ganadero: el mineral nutre al árbol, y del árbol no sólo vive el hombre, sino el cerdo; aunque este último sirva de vehículo entre la flor y el pensamiento.

Extremadura es, pues, un pueblo de pastores. Rico en huelgos, cargado de horas para la contemplativa, y fácil en caminos que abren al ensueño, al brujuleo de lo íntimo, a la eremítica resolución.

X